



Sándor Márai fue uno de sus primeros traductores y Kafka se quejaba de ello

Vladimir Nabokov y Joseph Conrad escribían con diccionario

do en Cambridge, debió buscar un público mayor que el de los exiliados rusos al pasarse al inglés; como Joseph Conrad, que lo aprendió de adulto y lo hablaba con fuerte acento. Ambos escribían con diccionario; su estilo elaborado y minucioso es cualquier cosa menos natural, y quizá por eso mismo constituya un hito. A muchos expatriados del nazismo, el inglés les brindó llaneza: es improbable que Herbert Marcuse o Hannah Arendt hubiesen terminado siendo referencias cívicas aferrándose al alemán; también Siegfried Kracauer sonó más ágil en el nuevo idioma, adquiriendo tarde y con esfuerzo. Del exilio y de otras lenguas regresaron

autores de peso en la posguerra, como Peter Weiss o Stefan Heym.

El ámbito germano expulsó casi tanto talento como acogió en el siglo XX, pero su literatura se nutrió en alto grado de naufragos del Imperio Austro-Húngaro y voces procedentes de la periferia, a menudo judías. Rara vez tuvo el alemán la claridad que le imprimieron Franz Kafka, Rosa Luxemburg o Joseph Roth, o Elias Canetti, cuya lengua materna era el ladino (en su autobiografía relata su empeño por aprender el alemán, que empleaban sus padres para no ser entendidos por los niños: lo logró sólo a los doce años y ya no quiso soltarlo). En los últimos años se viene reconociendo también, más allá de la etiqueta Migrantenliteratur, la creciente contribución de apellidos turcos o eslavos.

Los motivos para escribir en una lengua distinta a la dominante o la materna pueden ser infinitos, desde pragmáticos a íntimos. Permite ensayar registros nuevos y escapar de tics retóricos gastados, cobrar distancia con la materia y ganar soltura en el tono (ese fue mi caso). No suele tener que ver con sentirse en casa: quizá esa sea una lección nada menor de la imperecedera obra de Franz Kafka.

La cita.
«Toda revolución se evapora y deja atrás una estela de burocracia»



CAJÓN DE LETRAS

Kafka en el diccionario



GUILLERMO GÓMEZ MUÑOZ

La mesa del salón rebose de papeles y la luz mortecina de una tarde lluviosa de junio se abate con abulia sobre su escritorio. María Moliner dobla el periódico y se refugia entre sus fichas lexicográficas. Lleva casi 15 años elaborándolas, casi tres lustros de trabajo solitario y análisis quirúrgico de la lengua para elaborar su 'Diccionario de uso del español'.

En el diario dedican unas líneas a Kafka, por el aniversario de su fallecimiento. «Kafkiano», así describiría el trabajo que está a punto de finalizar. María Moliner rastrea entre sus fichas. «Se aplica a algo absurdo e inquietante que recuerda la atmósfera de las novelas de Kafka». Como la angustia de Gregorio Samsa, entre sus cuatro paredes, transformado en un ser repugnante. Salvando las distancias, la colosal tarea que se ha impuesto, a veces, la inquieta tanto como el encierro del protagonista de 'La metamorfosis'.

Lleva casi 15 años definiendo palabras. Se enamoró de la lengua en la Institución Libre de Enseñanza. Allí descubrió cómo el léxico bebe de fuentes muy diversas. Una de ellas, los nombres de escritores. Husmea entre sus fichas. «Dantesco: se aplica a las cosas o espectáculos terribles como ciertas descripciones de Dante». A la prensa le chiflan los dramas en escenarios dantescos, aunque la mayoría imiten pobremente la imaginación macabra del poeta florentino. En la M, otro florentino. «Maquiavélico: astuto o hábil para conseguir su objeto con engaño o malignidad». Maquiavelo escribió una obra clave de la doctri-

na política del Renacimiento y se aseguró su pervivencia en el imaginario colectivo, aunque con un sentido peyorativo. Maquiavélicos son, desde entonces, algunos líderes que anteponen el fin a unos medios éticos.

María Moliner se recoloca las gafas y el gesto la arrastra a otra definición. «Nombre dado antiguamente a los anteojos». En otro tiempo se les llamó «quevedos». Y es que en la imaginación popular quedó la imagen del poeta madrileño siempre ataviado con sus anteojos. «Que se me recuerde por un par de lentes», suspiraría Quevedo, «sobre una nariz ni sayón ni escriba».

La tarde languidece sobre las huellas de su tarea hercúlea. En la P, se topa con el filósofo griego y lo «platónico», ese rasgo de «los sentimientos o actitudes que tienen aspecto puramente espiritual». En la S, el «sadismo» del marqués de la literatura francesa, esa «perversión que consiste en experimentar placer con el padecimiento de otra persona».

Anochece. Ante ella, el trabajo de los últimos 15 años casi terminado. Ella no lo sabe, pero el Nobel colombiano, tras su muerte, escribe una columna en la que define su diccionario como el «más completo, más útil, más acucioso y más divertido de la lengua castellana». María Moliner, con un gesto íntimo de vanidad, garabatea en una ficha. «Molineriano». Quizás una lexicógrafa, que aún no ha nacido, la añada a su diccionario: «Cualidad de un proyecto audaz y solitario». Disimula una sonrisa, rompe el papel y lo tira a la basura.



La filóloga y lexicógrafa María Moliner. E. C.